

Para nosotros es una cosa puesta fuera de toda duda, que todo movimiento político y social que sale de las vías católicas, conduce á las naciones fuera de las vías de la civilización, hasta volver á dar con ellas en las Edades bárbaras. Esto mismo, que nos enseña la razón, nos lo atestigua la historia. Los Reyes se salieron de las vías católicas, cuando ensanchando su potestad desmesuradamente, olvidaron que la libertad humana es de derecho divino. Los pueblos á su vez se salieron fuera de las vías católicas cuando olvidaron que Dios ha puesto bajo su santa protección á las potestades legítimas, y que las ha encomendado el cuidado de la tierra. ¿Y qué fué lo que sucedió á los Reyes? Les sucedió, que por donde pensaban ir á parar á la omnipotencia, por allí fueron á parar á la guillotina. ¿Y qué fué lo que sucedió á los pueblos? Les sucedió, que por donde pensaban ir á parar á una emancipación completa, por allí fueron á parar á una servidumbre absoluta. ¿Y qué otra cosa es, sino una edad bárbara, aquella tristísima edad en que las naciones son siervas, y en que los Reyes son guillotinado? Tan cierto es, que donde no está el catolicismo, allí está la barbarie.

Antes de poner término á este artículo, nos ha parecido oportuno declarar aquí solemnemente que, en nuestro sentir, de los grandes obstáculos interiores que se oponen á las santas reformas de Pío IX, el que acabamos de exponer, es sin ningún género de duda el más grave, y también el más peligroso. Nuestra convicción íntima y profunda es que la libertad revolucionaria no ha llegado aún al período de su declinación; y que la libertad católica habrá de venir con ella al campo muchas veces, antes de asentar su pacífico imperio en las naciones. Entretanto, cumple á los hombres de buena voluntad, derramados por la tierra, agruparse alrededor del varón fuerte y santo que ha recibido del cielo el encargo providencial de mostrar las maravillas de la libertad católica á las gentes, y el de anunciar al mundo su venturoso reinado.

§ IV

DE LOS OBSTÁCULOS EXTERIORES QUE SE OPONEN Á SUS REFORMAS

Roma es hoy día como la casa puesta en la cima más alta de los montes, que todos los vientos la sacuden, todos los ojos la miran, todas las lenguas la saludan y todos los hombres la señalan. Allí es donde se tratan y resuelven, no sólo los grandes problemas que interesan en general al mundo católico, sino también aquellos otros menos generales, cuya solución interesa más grandemente á las potencias de la Europa. La rápida exposición de los intereses europeos, que en aquella península se están hoy ventilando, y de los obstáculos que ponen á nuestro gran Pontífice esas graves complicaciones, formará el asunto de este artículo, con el cual daremos fin por ahora á nuestros estudios sobre los sucesos en que es actor Pío IX, y de que es teatro la Italia.

Tres son las grandes potencias de Europa que tienen un interés directo en el desenlace de las gravísimas complicaciones de la península. El Austria, representante de las pretensiones tradicionales del Imperio; la Francia, representante de las tradiciones de la revolución y de la antigua Monarquía, y la Inglaterra, que no viene á representar tradiciones, sino á romper con ellas y á inaugurar una nueva política en los negocios peninsulares. Cada una de estas grandes potencias va á defender en el suelo italiano un interés egoísta. Sus tres egoísmos combinados constituyen el obstáculo más grande, entre cuantos se oponen á la solución de los problemas que allí se ventilan, en un sentido favorable á la civilización y á las conveniencias de la Europa; como quiera que sólo la política de Pío IX es conforme, á un mismo tiempo, á todos los intereses legítimos; es decir, á todos los intereses religiosos, á todos los intereses morales, á todos los intereses materiales del género humano.

han sido constantes en reclamar sus privilegios con respecto al Pontificado y á la Italia.

Su yugo, señaladamente desde que la revolución francesa fué comprimida por los ejércitos de la Europa, ha sido duro, pesado é implacable; sin que sea fácil calcular hasta dónde hubieran llegado los desmanes de la insolencia austriaca, si Dios, apiadado de la esclavitud de la Italia y de la servidumbre de su Iglesia, no las hubiera enviado un libertador en el gran Pontífice que hoy ocupa con gloria la Silla de San Pedro.

Gobernador de pueblos que pertenecen á diferentes razas, vínculo artificial de cohesión entre razas separadas unas de otras por rencores históricos, el Emperador de Austria, temeroso de la disolución de un Imperio en cuya formación no ha tenido parte la naturaleza, sino sólo el artificio, es, por la fuerza misma de las circunstancias, el mantenedor en Europa de la unidad indivisible de la potestad suprema. La libertad que vigoriza y robustece á las sociedades compuestas de miembros fuertemente adheridos entre sí, disuelve instantáneamente aquellas otras en cuyos miembros ni hay trabazón ni adherencia. Su facticia unidad no puede conservarse sino en virtud de la acción irresistible de una potestad avasalladora; y si por ventura la fuerza de presión llega á faltar, luego al punto el edificio se cuarteja y cae. El absolutismo es, para el Austria, compuesta de razas enemigas, la fórmula de su conservación; puesta en aquella zona del mundo en donde soplan constantes, ya las apacibles brisas de la libertad, ya los recios vendavales de las revoluciones; para resistir á su empuje tiene que acudir al despotismo, que viene á ser de esta manera la forma necesaria de su potestad absoluta. De aquí procede aquel hondo terror que hiela y paraliza sus miembros, cuando se levantan aquellos revueltos torbellinos que suelen llevar consigo en su carrera polvorosa á las naciones europeas: de aquí aquel insensato furor con que se precipita sobre el pueblo que con sus movimientos da señales de vida, si está solo y si es flaco. Así cayó á sus pies Polonia la heroica, la cristiana, tan rica de

gloria como exhausta de sangre, exenta de amparo y escasa de ventura.

Pero como quiera que ese imperio facticio no puede durar largo tiempo, las señales de su declinación son cada día más profundas, y cada día más visibles. Por un lado, tiene á la Rusia, que la abruma con su peso: por otro, á la Prusia, que la ha arrebatado ya de sus enflaquecidas manos el cetro de la Alemania: por otro lado, á la Francia, tierra fecundísima, en donde han germinado todas las ideas emancipadoras de los pueblos, y de donde la ha de venir la muerte, más tarde ó más temprano. La verdadera importancia, el verdadero poderío del Imperio austriaco consiste, por una parte, en la dominación que ha ejercido hasta ahora sobre los pueblos italianos y sobre los cantones helvéticos; y por otra, en la grande autoridad moral que, como potencia diplomática, han reconocido en ella las naciones. Ninguna voz ha sido más augusta, ninguna más respetada que la suya en los consejos de los Príncipes y en los Congresos de la Europa.

Ahora bien: las señales de su decadencia son visibles, aun considerándola desde el punto de vista de su influencia exterior, la cual va menguando y cayendo de una manera prodigiosa. Por una parte, su voz no ha sido ni la más autorizada ni la más decisiva en las conferencias de Londres relativas á la Bélgica, y en aquellas á que dieron ocasión los ruidosos sucesos del Oriente; y por otra, su dominación está comprometida por lo que toca á los cantones helvéticos: y por lo que toca á la Italia, se le resbala visiblemente de las manos.

Su política consiste en promover divisiones y en encender discordias: divisiones entre los Estados, para que la Italia no sea una; discordia entre los pueblos y los Príncipes, para que los Príncipes estén solos y sean flacos: discordias principalmente entre el Padre Santo y sus pueblos, para dominar á un tiempo mismo al Rey y al Pontífice, á los Estados romanos y al mundo católico. El Imperio austriaco es el primero y el más grande de todos los enemigos exteriores de Italia, y para el

Sumo Pontífice el más embarazoso de todos los obstáculos.

El segundo obstáculo le viene de la Inglaterra. Es cosa ardua y difícil por demás no caer en declamaciones vulgares, hablando de esta nación poderosísima, que hoy reina en el mar y manda en los continentes, y á quien rinden parias todas las otras naciones. El pueblo inglés lleva impresos en su fisonomía los rasgos históricos del pueblo romano: romana es su grandeza, romano su patriciado, romana su plebe, romano su heroísmo, romana su virtud. Mirad si no ese Imperio dilatadísimo: contemplad su gigantesca estructura, y dígase si no parece fábrica de romanos; poned los ojos después en ese patriciado expansivo, á un mismo tiempo, y resistente; flexible, como el junco que se mece al soplo de vientos delegados; paciente y perseverante, como si hubiera hecho pacto con la eternidad: y dígase, si ese no es el patriciado de Roma. Mirad en los *meetings* esas muchedumbres hambreadas y hambrientas, que amenazando siempre con bramidos, no dan suelta nunca á las revoluciones: y dígase, si esa no es aquella plebe romana, furiosa y contenida, cuya voz se alzaba en los tumultuosos comicios, no para pedir las cabezas de sus implacables acreedores ni para ensangrentar sus manos en los opulentos Lúculos, sino para pedir la remisión de las deudas al Senado y para pedir pan á la ley. Llamad después, uno en pos de otro, á los hombres de la Gran Bretaña, famosos por su heroísmo y su virtud, y dígase, si esa virtud y ese heroísmo no tienen cierto dejo de aquella dureza selvática y feroz que caracteriza á la virtud romana. El inglés y el romano han sido los únicos pueblos de la tierra tan duros de condición y de cerviz, que la civilización misma no ha sido poderosa para labrar en su ingénita dureza y para convertirlos en apacibles y blandos: consiste esto, en que todos los otros pueblos han sido conquistados por la civilización, mientras que ellos solos han sido sus conquistadores: en que los otros pueblos la sirvieron siempre como á señora, y ellos la pusieron á su servicio como á su esclava. Apartad ahora la vista del patriciado romano y del

inglés, de la plebe inglesa y de la romana, y ponedla en ese magnífico conjunto: considerad, á un tiempo mismo y como formando un compuesto indivisible, un solo pueblo, á los patricios y plebeyos de Roma, á los patricios y plebeyos de la Gran Bretaña: contempladlos, y veréis puestos en vuestra presencia á los dos pueblos más aficionados á las artes prácticas de la guerra y de la paz, de la administración y del Gobierno, y á los más despreciadores de las ciencias especulativas, si se exceptúan la ciencia de la Religión y la ciencia de las leyes, en las que ambos se aventajan, y en las que brillan ambos, porque son las dos ciencias esencialmente viriles. El romano fué un pueblo guerrero, teólogo y legista; el inglés es un pueblo de comerciantes, y de jurisconsultos y de teólogos; uno y otro son esclavos de las fórmulas religiosas y de las fórmulas legales, hasta tal punto, que ni la empresa más liviana osan acometer sin su ayuda: pero dadles una fórmula ó una interpretación, siquiera sea farisaica, que les ponga en paz con su conciencia, y les veréis intentar las usurpaciones más ominosas, y cometer los crímenes más horrendos. Para el pueblo inglés, hay dos grandes razas en el mundo; ni menos ni más: la raza humana, y la raza inglesa: abyecta la primera, nobilísima la segunda. Dios puso á la raza humana en posesión de todos los continentes y de todos los mares; y luego crió á la raza inglesa para ponerla en posesión de la raza humana. Cuando el pueblo inglés abre la mano, y coge un Imperio, como el águila abre la garra y coge una paloma, por más que busquéis, no hallaréis en su fisonomía la huella que deja el remordimiento en el que usurpa, sino al contrario, la huella que deja el propio contentamiento en el que recobra lo suyo. El pueblo inglés está más seguro de su derecho cuando entra en una ciudad á fuego y á sangre, que esa ciudad misma cuando se defiende. El pueblo inglés es el símbolo del egoísmo humano, puesto en adoración de sí propio, y elevado por medio del éxtasis, á su última potencia.

¿Y qué va á hacer ese gran pueblo en Italia, con su gigan-

tesco heroísmo? Va á hacer allí lo que hace en Portugal, lo que hace en España, lo que hace en Grecia. Va á echar los cimientos de su propia dominación con el derribo de otras dominaciones. Va á dar al traste con el Imperio alemán, para levantar sobre sus escombros los magníficos pabellones del Imperio británico: va á convertir al Mediterráneo en un lago suyo, para el día en que suene la trompeta de las grandes batallas: va á tomar posiciones, para vencer al francés en la cuestión española. Contra el absolutismo austriaco enarbolará la bandera de la libertad; contra la libertad filosófica y descolorida del Gobierno francés, y contra la libertad católica del Padre Santo enarbolará en su día la bandera de la libertad revolucionaria. Por eso y para eso, abate los montes y colma los abismos que el cisma y la herejía pusieron entre la Iglesia anglicana y la católica: por eso y para eso, el Pontificado inglés envía Embajadores y saludos al Pontificado romano. ¡Ay de aquellos á quienes la Inglaterra honra con embajadores y agasaja con saludos! Y Roma también enviaba saludos y Embajadores á la Liga Aquea, último refugio de la independencia y de la libertad de los griegos; y la santa federación, y la noble independencia, y la libertad santa, todo acabó en un día, sólo para Roma fausto, para la Grecia lloroso, triste para el mundo.

Volvamos los ojos á la Francia. La Francia y la Inglaterra han venido al mundo, y están en el mundo para hacerse perpetuamente contraste. La Inglaterra se representa á sí misma, la Francia representa á la humanidad en la lucha que mantiene con aquella raza invasora; por eso, mientras que todo es soberbio egoísmo en la primera, todo es simpática expansión en la segunda. Volved los ojos á todas partes, al Oriente, al Occidente, al Norte, al Mediodía: buscad el punto del espacio en donde se acumulan las más grandes catástrofes y los más santos infortunios. Si ese punto no es Inglaterra, el pueblo inglés permanecerá tranquilo en su majestad indolente: pero aunque ese punto no sea la Francia, y aunque esté en las regiones polares, veréis establecida, como por encanto y de súbito, una

corriente magnética y simpática entre el punto dolorido del globo y el pueblo francés, que se levantará convulso por el dolor ajeno, moviéndose automáticamente al golpe eléctrico de sacudimientos nerviosos. No hay pueblo ninguno en la tierra, de quien la Francia no tenga una facción en su fisonomía: y como la variedad es alegre de suyo, la fisonomía francesa es la más alegre de todas. Entrad, por el contrario, en una galería de retratos ingleses, y observaréis que todos son unos, todos austeros, todos grandiosos y todos tristes; lo cual debe consistir en que la unidad, que es lo grande, sin la variedad que es lo bello, es siempre tristemente austera y tristemente grandiosa. Un inglés es grave hasta en los festines; un francés, risueño hasta en los combates. Cualquiera diría que, para el segundo, la muerte es un episodio, y nada más, de la vida; y que, para el primero, la vida es el camino, y nada más que el camino de la muerte.

En vista de lo que acabamos de decir, á nadie podrá causar extrañeza que la Francia haya hecho suyas, como por instinto, aquellas grandes causas, de donde han estado pendientes la civilización y los destinos del género humano. Ella ha conquistado el renombre glorioso de hija primogénita del catolicismo. La Italia y la Iglesia, como sus Santos Pontífices, conservaron su independencia, y guardaron el tesoro de su libertad, amparadas con el potentísimo escudo de Carlo-Magno. Carlos Martel derrota entre Tours y Poitiers al musulmán prepotente; y aquel gran Emperador, magnífico y dichoso entre cuantos llevaron el cetro de estas regiones occidentales, levanta diques contra la avenida del septentrión, salvando á la Francia y á la Europa del yugo de los bárbaros sajones.

¿Y qué es lo que hace ese gran pueblo en Italia? ¿Qué es lo que va á hacer en aquella gloriosa península? ¿Va á combatir por su libertad santa y por su nobilísima independencia, siguiendo las tradiciones Carlovingias? ¿Va á descolgarse de los Alpes para caer sobre el insolente alemán, como cayó en otro tiempo sobre los insolentes lombardos? ¿Va á preguntar, por

ventura, qué es lo que hace allí el inglés, y cómo es que tiene él, que renegó de la fe, la insolencia de aspirar á la gloria de proteger á la ciudad santa y al Padre común de todos los creyentes?

Seremos francos, y sobre todo imparciales con la Francia: y por lo tanto, diremos sin empacho y sin rebozo que su política en Italia es la política propia de los pueblos que van declinando, ó que han declinado ya, y que con los infortunios y los años han perdido hasta la memoria de sus gloriosas tradiciones: diremos sin rebozo que esa misma política, propia de los pueblos decadentes, es la seguida en España, en la Grecia, en Constantinopla, en el Libano, en el Egipto, en la Argelia y en arruecos. La Francia, ostentosa de suyo, hace alarde de su decadencia, como lo hizo de su gloria: sus retiradas y sus victorias le sirven igualmente de materia para sus vanos triunfos.

Esa visible declinación es debida á diferentes causas: se debe, por una parte, á la ascensión al poder de las clases medianamente acomodadas, las cuales tienen en poco las gloriosas aventuras de los patricios heroicos, y llaman insensatez y locura á las aspiraciones inmensas que suelen tener las democracias en sus sublimes arrebatos: se debe, en segundo lugar, á esa transformación laboriosa, en que desde la revolución de Julio está ocupada de todos sus elementos sociales; como quiera que no es pequeña hazaña la que consiste en ajustar una sociedad á un nuevo molde, y en asentar sobre la lava ardiente de los volcanes una nueva dinastía: se debe, por último y sobre todo, á ese estéril escepticismo que la tiene como rendida y postrada; como quiera que ni los hombres escépticos han dejado nunca en pos de sí ningún rastro luminoso, ni las sociedades escépticas han dejado huella en la historia. La fe que mueve á las montañas, mueve también á las naciones: los Imperios sin creencias viven y pasan ignorados.

Esto sirve para explicar por qué la Francia va cejando en Italia y en el mundo; y para hablar sólo de Italia, ¿quién no

ve que la Francia es la única, entre todas las naciones que allí se observan mutuamente, que está sin fe y sin creencias? El Austria tiene fe en el absolutismo, como forma esencialmente conservadora de los Imperios; y se lleva en pos de sí á todos los que recelan de la libertad y de sus torpes desmanes. La Inglaterra habla en nombre de una independencia gloriosa y de una libertad turbulenta; y arrastrará en pos de sí á todos los hombres inflamables y á todos los espíritus soberbios y varoniles. Pío IX muestra á la Italia y al mundo el semblante manso y apacible de la libertad católica, inflamado con los rayos de la caridad divina; y está seguro de ver rendidos á sus pies á todos los hombres de buena voluntad y de limpios pensamientos. Por lo que hace á la Francia, no conoce la libertad católica, recela de la revolucionaria, teme al gobierno absoluto, y predica una libertad enferma y quebrada de color, que ni es grandiosa como la revolucionaria, ni, como la católica, virginalmente apacible.

Tales son los graves obstáculos, las gravísimas complicaciones con que lucha heroica, y hasta ahora dichosamente, el hombre augusto y el Pontífice Santo que hoy gobierna á la cristiandad, y á quien rinden humilde culto de admiración los Príncipes y las gentes: su deber es combatir, y combate: el nuestro es combatir á su lado sin contar los enemigos. Sólo á Dios toca después repartir con mano justiciera el vencimiento y la victoria.

Para comenzar por el Austria, afirmaremos de ella, que no va á defender en Italia todas las tradiciones contradictorias del Imperio, sino sólo sus malas tradiciones. Caída por el suelo la sociedad romana con el paganismo que le había servido de base, con el Imperio que le había servido de cúpula, con su centralización administrativa, que le había dado vigor y consistencia, perecieron en aquel tremendo naufragio todas las instituciones políticas y sociales. Dios en sus altos designios, y los hombres, dóciles instrumentos de los designios de Dios, confiaron á los Pontífices la empresa de una nueva creación, que había llegado á ser de todo punto necesaria. Los Pontífices pusieron sus hombros á empresa tan grande, dando á ella principio con la creación de la Europa, que salió de sus manos con aquella unidad vigorosa, con aquella fecunda variedad, con aquellas jerarquías ordenadas, que han sido después el asombro de los publicistas, la maravilla de los filósofos, y la admiración de los historiadores.

Pero como quiera que había en realidad dos Europas, la religiosa y moral, la material y guerrera, los Pontífices echaron de ver la necesidad en que estaban de constituir dos poderosos centros de atracción y de unidad, que correspondieran exactamente á esas dos Europas distintas. Entonces fué cuando los Pontífices, con sólo su querer, dieron el soplo de vida al imperio de Occidente, al cual se sujetaron y obedecieron todos los Príncipes y todas las naciones. Las relaciones entre el Imperio y el Pontificado fueron, cuando se llevó á cabo esta gran mudanza, las que había puesto entre esas dos potestades la naturaleza misma de las cosas. Tenía el Pontificado, sobre el Imperio, el derecho de primogenitura y hasta el de la paternidad; de donde resultó, que los Emperadores de la raza carlovingia rindieron un culto filial á los Pontífices de Roma, y que la espada del Imperio estuvo puesta al servicio del Pontificado; y así debía de ser, si se atiende á que el Imperio era el representante robusto de la fuerza social y la Iglesia el representante altísimo de la conciencia humana.

Siguióse de aquí que los Emperadores, cualquiera que hubiera sido el modo de su elección, no podían tomar el título ni las insignias de la dignidad Imperial, sino después de haber prestado al Papa un juramento de fidelidad, que si no significaba una dependencia feudal, significaba por lo menos la obligación en que se constituían de reverenciar la dignidad altísima del Pontificado, y de defender los intereses de la Iglesia. La fórmula de este juramento, conservada por Muratori, era en el siglo IX como sigue: «Yo (aquí el nombre) Rey de los romanos, por la gracia de Dios, futuro Emperador, prometo y juro, en presencia de Dios y de San Pedro, ser en adelante protector y defensor del Soberano Pontífice y de la santa Iglesia romana en todas sus necesidades, así como también ser el guardador y conservador de todas sus posesiones, honores y derechos, hasta donde alcance y pueda, con la ayuda de Dios, y con recta y pura voluntad, *sic me Deus adjuvet*, etc. Esta fué, con ligeras variaciones, la fórmula adoptada para el juramento de los Emperadores, durante los siglos medios. En los que vinieron después, mudaron las cosas de semblante.

Enflaquecida la fuerza moral del Pontificado, el Imperio, no sólo aspiró á consolidar su independencia, sino también, y más principalmente, á abrir las zanjás y á echar los fundamentos de su dominación sobre la Iglesia y sobre la Italia, la cual fué considerada desde entonces como un feudo por los Emperadores alemanes. Esas pretensiones cesáreas han sobrevivido al Imperio de los Cesáres, siendo uno de los espectáculos más singulares de la historia, que existan todavía las pretensiones del Imperio occidental, cuando no existe ya el Imperio de Occidente. Cuando había Emperadores de Alemania, había Imperio, pero desde que Napoleón, llevando sus águilas por el mundo, quiso ser en el Imperio solo, y dió al traste con el santo Imperio romano, el Imperio, considerado como institución europea, ha dejado de existir, siendo solamente la dignidad Imperial, en la Casa de Austria, una dignidad ociosa y un título vano. Esto, no obstante, los Emperadores de Austria